



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

García Andrade, Adriana

La teoría de la estructuración y su observación desde la acción: los límites del análisis

Estudios Sociológicos, vol. XXVII, núm. 79, 2009, pp. 31-61

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59820689002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La teoría de la estructuración y su observación desde la acción: los límites del análisis

Adriana García Andrade

UNO DE LOS retos que actualmente enfrenta la disciplina sociológica —y la ciencia social en general— implica asumir la existencia de una multiplicidad de teorías para el análisis de la sociedad. Ciertamente, la diversidad se asume desde los años sesenta, cuando resulta evidente que no será posible tener un paradigma hegemónico —por seguir la terminología *kuhniana*— para aprehender la complejidad social. Cuando se reflexiona al respecto, la multiplicidad en ocasiones es vista como una señal de la crisis disciplinar (Corcuff, 1998:9);¹ en otras se asume que es una parte intrínseca de la creatividad sociológica (De la Fuente Lora, 1994:140); o que implica una diversidad limitada e incluso confluente (Collins, 1994:V). Sin embargo, más allá de las etiquetas y de los intentos de observar confluencias en un plano general (Alexander, 1995:115), no ha habido una discusión más amplia acerca de las similitudes y diferencias entre teorías, ni de los límites teóricos de cada una y las consecuencias que estos límites tienen en la observación de nuestros objetos de estudio.

Es en ese contexto que se plantea el siguiente escrito, como una aportación para la discusión pormenorizada de las teorías actuales que busca encontrar confluencias y modos más complejos de observar la realidad social retomando las teorías sociológicas existentes.

Como el título del artículo lo indica, me centraré en el análisis de la propuesta de Anthony Giddens —denominada teoría de la estructuración—,

¹ De hecho, Corcuff da cuenta de dos vertientes opuestas: una pesimista, que sustenta la existencia de multiplicidad de paradigmas, rivalidad entre escuelas, hiperespecialización, ausencia de debates y que se cuestiona si realmente existe una disciplina o si lo que vemos es una mera yuxtaposición de orientaciones. Otra, que sostiene una posición optimista que ve convergencias entre investigaciones con puntos de partida muy diferentes, es decir, ve intentos de reconciliar antinomias como micro-macro, objetivo-subjetivo, material-ideal.

que tiene como uno de sus principales objetivos lograr una novedosa síntesis entre la estructura y la acción. Aquí intentaré mostrar que, a pesar de incorporar la estructura, la elaboración teórica de Giddens sigue partiendo de la acción individual. Esta elucidación de lo social desde la acción individual, acaba presentando la sociedad como una consecuencia no buscada del cruce de acciones individuales. Las implicaciones de tal planteamiento se vuelven evidentes en sus análisis más específicos; por ejemplo, en el caso del amor en la modernidad —que se expondrá aquí—. El amor aparece en el análisis de Giddens primordialmente como condición para la acción individual —en este caso específico, de las mujeres—, que permite rutinización y como consecuencia no buscada, la reproducción de la sociedad.

No está por demás precisar que la pretensión del artículo no es invalidar la propuesta del autor, nada más lejos de ello. El aporte de Giddens ha generado numerosas reflexiones entre investigadores en todo el mundo,² e investigaciones empíricas se han nutrido de sus “herramientas sensibilizadoras” —como él mismo las denomina—. Lo que aquí se busca es acotar que su observación de la sociedad está posicionada en el actor y su acción; cuestión que no refuta su teoría, simplemente delimita sus posibilidades de análisis. Decir que su teoría se posiciona en el actor y su acción no implica decir que Giddens olvide incluir la estructura y los problemas relacionados con ésta. Evidentemente el autor está interesado en tratar el mantenimiento de la sociedad (la permanencia de las instituciones) y la reproducción de la misma (cómo es posible tal permanencia), así como la posibilidad de interrelación entre actores. Sin embargo, y como se acaba de mencionar, tales cuestiones son tematizadas y resueltas desde la perspectiva del individuo actuante y las consecuencias que su actuación desencadena.

De esta manera, el tipo de trabajo que se realiza aquí trata de establecer claramente los *límites* del análisis de la teoría de la estructuración a la luz de: 1) las propias premisas de la teoría; 2) la descripción de un fenómeno desde la teoría y; 3) los productos analíticos de otras teorías sociológicas acerca de ese mismo fenómeno. Como se verá a continuación, en el presente escrito se retomarán el primero y el segundo de estos puntos y se concluirá con algunas muestras del tercero. La decisión de utilizar las propias premisas de la teoría —lo que en otros lugares ha sido llamado “crítica interna”—

² Para muestra basta mencionar la compilación que hizo Routledge con casi cien artículos en cuatro volúmenes. Véase G.A. Bryant y David Jary, *Anthony Giddens. Critical Assessments*, 4 vols., Routledge, Londres, 1997. Sólo sociólogos, como Max Weber, Talcott Parsons, George Herbert Mead, Georg Simmel y Émile Durkheim tienen una compilación similar en esta editorial.

deviene de varios supuestos que aquí se asumen. Por un lado, que la diversidad teórica está asociada a la incommensurabilidad³ entre teorías. Es decir, las premisas sustantivas de una teoría sólo se entienden a cabalidad en el contexto de la propia teoría. Por ello, hacer una crítica a la teoría de Giddens desde la teoría de Bourdieu —por poner un ejemplo— no es idóneo en tanto que este último no retoma los conceptos de conciencia práctica o discursiva; o el primero no habla de *habitus*. Incluso cuando ambos hablan de “acción” no necesariamente la definen de igual manera. En ese sentido, una crítica interna, tal y como aquí se la concibe, no es una mera búsqueda de inconsistencias, sino un ejercicio de reconocimiento del punto ciego de la propia teoría.⁴ Además, se asume que tal punto ciego no es intencional, sino que es una omisión guiada por la propia estructura de la teoría.

Por otro lado, y partiendo de lo anterior, una crítica externa sólo puede ser posible desde el análisis de un fenómeno⁵ en el que se vuelve evidente qué se describe y qué queda oculto. Así, una crítica externa implica evidenciar qué explica una teoría acerca de un fenómeno y comparar tal explicación

³ El concepto de incommensurabilidad, tratado por Thomas S. Kuhn y también por Paul Feyerabend, ha sido muy criticado. Las críticas se enfocaron, y con razón, a una incommensurabilidad total. Cuestión que implicaría imposibilidad de traducción entre paradigmas. Kuhn, a lo largo de su vida, re-trabajó el concepto y diluyó la asociación que éste tenía con aquel de “paradigma” —concepto también muy criticado—. Kuhn termina planteando una incommensurabilidad local, es decir, un núcleo de supuestos e ideas intraducibles sin “pérdida de sentido”. Es en este último sentido que hablamos de incommensurabilidad. A decir de expertos en el trabajo de Kuhn es posible encontrar tres etapas en la propuesta *kuhniana* respecto a la incommensurabilidad (Pérez Ransanz, 2000, cap. 4; Hoyningen-Huene 1993:207 y ss.); aquí nos referimos a la última de estas etapas.

⁴ Aquí claramente estamos retomando el planteamiento epistemológico *luhmanniano* —que abreva del llamado “constructivismo radical”—, acerca de la observación y el punto ciego (Luhmann, 1991:129). La observación siempre se hace desde un lugar; en el momento de la observación no es posible observar y observar-se, es decir, se requiere tiempo para observar desde dónde observamos. Así, siempre queda un lugar inobservado que delimita nuestra observación.

⁵ La acepción de fenómeno puede ser también problemática si la asociamos a la tradicional noción de incommensurabilidad. Esto es así, ya que si las teorías son incommensurables y los datos —y por ende los fenómenos— son construidos por las teorías, entonces no hay manera de verificar o falsarlos, mas que a partir de la propia teoría. Como se mencionó anteriormente, aquí retomamos la noción de incommensurabilidad local, y además la noción de que aunque los datos son construidos, no son construidos por la teoría. Los fenómenos son acotados por la tradición, en este caso la tradición sociológica que considera al amor —en eso coinciden todos los teóricos— como una construcción social que varía dependiendo de la sociedad y el momento histórico que se indague. Así, es en la delimitación del fenómeno y su explicación —qué cuestiones se enfatizan o se dejan de lado— que podemos apreciar las diferencias y las carencias de la teoría utilizada. Un trabajo más amplio respecto a estos temas, desde la filosofía de la ciencia, aparece en García Andrade (2007a).

con aquellas descripciones que las otras teorías hacen del mismo. El objetivo final de un trabajo de este tipo es, entonces, complejizar la observación del fenómeno complementando las aristas que resalta cada teoría.

Habiendo aclarado lo anterior, se explicará brevemente cómo está dividido el artículo. Para lograr los fines pretendidos —*verbigracia*, mostrar que la teoría de la estructuración observa la acción y la estructura desde la acción individual; observa la sociedad desde ésta— éste estará dividido en tres secciones. La primera, referida a la teoría de la estructuración, pretende plantear, *grosso modo*, de dónde decanta la propuesta teórica de Anthony Giddens —a decir del propio autor— y cuál era su objetivo último: centrar el análisis en las prácticas sociales para lograr una síntesis entre acción y estructura. La segunda, intitulada “El centramiento en la acción”, que es la medular de este escrito, recoge la observación de los límites de la teoría, desde sus propias premisas. Aquí se presentará cómo el autor sigue posicionado en la acción individual cuando tematiza la estructura y la interacción (o la relación entre actores). Primero, desde las prácticas sociales, para observar cómo éstas aparecen en última instancia como acciones individuales entrecruzadas que suponen un contexto de acción —que es incluido siempre desde la mirada del actor—. Y después, de forma aparentemente paradójica para lo que se quiere mostrar aquí, desde la estructura. Aquí se buscará fundamentar que la estructura sólo es visible a través de las acciones individuales (ya sea como consecuencias de éstas o cómo “portadoras” de la reproducción social).

La tercera, y última parte, es eminentemente descriptiva, busca presentar el análisis de Giddens respecto a un fenómeno concreto: la intimidad y el amor en la modernidad. En ésta se hará evidente el posicionamiento en la acción y específicamente en la acción de las mujeres; así como la importancia de la identidad individual para la reproducción social. Se finalizará con un bosquejo referido a qué es lo que queda fuera de la observación cuando se parte de la acción individual, recurriendo a algunos planteamientos de otros autores de la teoría sociológica.

La teoría de la estructuración

Como se acaba de mencionar, aquí se darán unas breves pinceladas acerca del proyecto teórico de Anthony Giddens, para hacer evidente su objetivo central: la síntesis entre acción y estructura.

El autor inicia sus primeros proyectos haciendo análisis críticos de los clásicos, pero en 1976, en *Las nuevas reglas del método científico*, presenta

de manera contundente lo que será su proyecto teórico posterior: la teoría de la estructuración. En ese libro, así como en el artículo “Functionalism: *après la lutte*” (Giddens, 1976b) y en el libro *Central Problems in Social Theory* (Giddens, 1979), hace un análisis crítico de diversas teorías sociales, filosóficas e incluso psicoanalíticas. Su conclusión es que, por lo menos en la tradición reciente, hay dos grandes vertientes de teorización de lo social. Por un lado, las propuestas estructuralistas (principalmente recoge autores franceses como Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault,⁶ Jacques Lacan) y funcionalistas (entre los que se encuentran Talcott Parsons y Robert K. Merton), que en sus análisis, a decir de Giddens, muestran a actores determinados por la estructura social. Por otro, la propuestas de lo que denomina “sociologías interpretativas” (en las que incluye las propuestas de sociólogos como Max Weber y Alfred Schütz, así como la filosofía de la acción⁷ y el “interaccionismo simbólico”),⁸ que parecen minimizar la determinación social y maximizar la producción individual —las acciones individuales— como constructoras y reproductoras de la sociedad. Frente a esto que él llama el “dualismo acción-estructura” propone la “dualidad de la estructura”. Esto, que parecería un simple juego de palabras, tiene la pretensión de generar una síntesis de las dos grandes vertientes observadas. Así, para Giddens, es necesario trascender la parcialidad del análisis que sólo observa uno de los lados de una dualidad. Para ello es necesario entender, dirá el anglosajón, que la estructura sólo existe gracias a las prácticas sociales realizadas por agentes que saben qué hacen y por qué lo hacen. En ese sentido, la estructura es “virtual” (Giddens, 1979:63), sólo aparece en la realidad en tanto *forma* de las prácticas sociales.⁹ Por eso, es mejor hablar de estructuración (ya que este nombre implica la existencia de prácticas) que de estructura (Giddens, 1976b:118). La estructura aparece como huellas mnémicas¹⁰ en la conciencia de los actores (Giddens, 1984:61), y no necesariamente determina la acción, sino la posibilita y puede ser manipulada prácticamente por los actores.

⁶ Aquí Giddens se refiere a la primera parte de la obra de Foucault, aquella del sujeto “sujetado”, vigilado, etcétera.

⁷ Que deriva de lo propuesto por el segundo Wittgenstein (con el libro *Investigaciones filosóficas*) y posteriormente por Peter Winch.

⁸ Cabe mencionar que la selección de autores que hace Giddens para delimitar las “tradiciones”, en ocasiones resulta forzada. Esto se vuelve evidente en el caso de los autores incluidos en la vertiente “estructuralista” y aquellos de las “sociologías interpretativas”.

⁹ La palabra “forma” es del propio Giddens. En el libro *A Contemporary Critique of Historical Materialism* (Giddens, 1981:30), afirma que hablar del orden social sólo tiene sentido si se lo piensa como forma de las prácticas sociales.

¹⁰ Giddens no aclara cabalmente a qué se refiere con “huellas mnémicas”. Sin embargo, cuando habla acerca de la memoria, en el capítulo 2 de *La constitución de la sociedad*, retoma

Con lo anterior, Giddens logra sostener la existencia de actores sociales —no robots que simplemente reproducen la sociedad—¹¹ que construyen su realidad social (cuestión que proponían las sociologías interpretativas) y la existencia de algo que precede a los actores —que de alguna forma moldea sus prácticas—, a saber, la estructura social (cuestión que proponían los estructuralistas y funcionalistas). Giddens quiere rescatar, también, de los análisis estructuralistas-funcionalistas el análisis institucional (Giddens, 1976b:96); es decir, el análisis de la formación de estructuras que trascienden amplios lapsos espacio-temporales y cómo éstas se reproducen. En ese sentido, las sociologías interpretativas, al enfocarse en la acción, no permiten entender por qué se generan y mantienen ciertas prácticas y no otras, y cómo es que éstas cambian (Giddens, 1979:48). Esto es, aunque el anglosajón no esté de acuerdo con el análisis que hacen los estructuralistas-funcionalistas con respecto al cambio estructural¹² o respecto a la reproducción social,¹³ le parece que ambos son temas importantes para la teoría social que no son respondidos cabalmente por las corrientes interpretativas.

Entonces, una síntesis de ambas vertientes implicaría presentar una teoría que lograra resolver satisfactoriamente el análisis institucional, la reproducción social, así como el enlace relacional entre acciones; todo ello, apelando a la existencia de actores que producen activamente la sociedad (saben qué hacen y por qué lo hacen). Como se verá en los apartados siguientes, el autor logra la síntesis estructura-acción, paradójicamente, desde la observación del actor y su acción. En ese sentido, su propuesta acerca del análisis institucional, la reproducción social y la relación entre acciones queda limitado a una observación de las consecuencias buscadas y no buscadas de la acción, así como a la “necesidad” de los actores de mantener la sociedad. La utilización de la figura de las “consecuencias no buscadas y buscadas” aparece como un recurso *ad*

la propuesta teórica de Ulric Neisser, quien habla de “schemata” que se van adquiriendo en el proceso vital y que generan un conjunto de expectativas y “recortes” de la realidad. Me parece que es en ese sentido que se debe tomar la frase “huellas mnémicas”.

¹¹ Que, desde su perspectiva, es lo que propone finalmente Talcott Parsons y, en otra vertiente, Louis Althusser.

¹² Giddens hace una fuerte crítica a estructuralistas y funcionalistas con respecto al tiempo. Afirma que desde estas perspectivas la sociedad y su transformación aparece como una serie de fotografías. El cambio se observa de una fotografía a la otra, pero no hay explicación del transcurrir permanente. Por ello propone la inclusión de la visión *heideggeriana* del tiempo. Esto lo trata en el capítulo 2 de *Central Problems in Social Theory* (Giddens, 1979). Una discusión de esto aparece en Ramos Torre (1995) y García Andrade (2007b).

¹³ La reproducción social, por lo menos en el caso de los funcionalistas, se resuelve por la propia lógica del sistema social. La sociedad aparece como una unidad con partes. Tales partes cumplen una función para el mantenimiento —léase reproducción— del sistema social.

hoc que le permite dejar sin esclarecer cómo y en qué medida éstas contribuyen a la conformación de la estructura social. Es decir —y como se verá en la tercera parte del escrito— no aparece en los análisis de Giddens cómo se conforma la estructura (proceso). El análisis, ubicado en los actores, muestra una estructura que ya está ahí como contexto de acción, o que aparece después por el interjuego de consecuencias buscadas y no buscadas.

A continuación se intentará justificar lo anteriormente mencionado.

La observación desde la acción

En este apartado se pretende señalar, desde distintos elementos de la teoría de la estructuración, cómo el punto nodal del análisis son las acciones individuales. Se eligieron tres partes de la teoría para presentar esto. En primer lugar, las prácticas sociales, ya que —a decir del autor— su propuesta no inicia en la acción sino en estas prácticas, y es ahí donde se puede observar la síntesis acción-estructura (Giddens, 1976a:129; 1984:23). En segundo lugar, la estructura y la manera en que ésta se incluye en la teoría de la estructuración. En este punto, deberá quedar claro que Giddens sí incluye la estructura en su análisis, sin embargo —y como ya se ha mencionado anteriormente—, la estructura aparece como consecuencia no buscada de *acciones* que generan forma; y la reciprocidad entre acciones también aparece como una consecuencia no buscada... de las propias acciones. En tercer lugar, la incidencia de la acción individual en la reproducción social. Lo que aquí se plantea es que, para Giddens, en última instancia, la reproducción de la sociedad está depositada en la acción individual motivada de forma inconsciente.

Las prácticas sociales

En *La constitución de la sociedad*, Giddens afirma que “el dominio primario de estudio de las ciencias sociales, para la teoría de la estructuración, no es ni la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas sociales ordenadas en un espacio y un tiempo” (1984:40). Esto es, el lugar de la dualidad de la estructura, que es la propuesta central de la teoría de la estructuración, son las prácticas sociales. Éstas pueden estudiarse, afirma Giddens,

primero, desde el punto de vista de su constitución como una serie de actos “producidos” por actores; segundo, como formas constitutivas de *interacción*,

que incluyen la comunicación de un sentido; y tercero, como *estructuras* constitutivas que pertenecen a “colectividades” o “comunidades sociales”. (Giddens, 1976a:129)

Es decir, en éstas se puede apreciar —a un tiempo— al actor y su acto, la interacción y la estructura.

Para explicar lo anterior, Giddens utiliza el ejemplo del lenguaje.¹⁴ Así, se lo puede ver de tres formas: como parte de la producción de un hablante individual, que incluye destrezas poseídas por el hablante y la aplicación de tales destrezas; como un medio de comunicación, que implica “el logro *intersubjetivo* de entendimiento mutuo en un intercambio continuo” (Giddens, 1976a:129), así como el uso de indicios contextuales para comprender el sentido; y como una estructura, esto es, como algo que no es propiedad particular de un hablante.

Las prácticas sociales, entonces, sintetizan estos tres momentos que son —en realidad— analíticos, más que fácticos.

Al llegar a este punto, la pregunta es acerca de qué son estas prácticas, o cómo las observamos concretamente. Es interesante notar que no aparece, por lo menos en *La constitución*, ninguna definición más allá de lo que se acaba de enunciar.¹⁵ En *Las nuevas reglas del método* relaciona la dualidad de la estructura (la producción y reproducción de la vida social) con “la ontología marxista de la *praxis*” (Giddens, 1976a:127). Como dice Marx, —afirma Giddens—: “Tal como los individuos expresan su vida, así es como son. Lo que son, por consiguiente, coincide con su producción, tanto lo *que* producen como con el *modo* en que producen” (Giddens, 1976a:127). Ciertamente Giddens reconoce que hablar de “producción” se debe entender en sentido amplio (y no como mera producción económica, por ejemplo). En ese sentido, las prácticas parecen ser, en última instancia, lo que los actores *hacen* en un tiempo y espacio, y *cómo lo hacen*. Es decir, incluyen acción, estructura y —uno supondría— interacción.

Si asumimos que las prácticas sociales incluyen estos tres momentos (acción, interacción y estructura), quedarían tres preguntas por resolver. La primera, metodológica y las otras dos de corte teórico. Si la recomendación de Giddens es iniciar en las prácticas sociales, la primera pregunta es ¿cómo se observan estas prácticas? La segunda es si las prácticas suponen interacción

¹⁴ Aunque aclara que no considera a la sociedad “como una especie de lenguaje, sistema de información o algo así” (Giddens, 1976a:128), sino porque es útil para ejemplificar algunos aspectos de la sociedad.

¹⁵ Es sintomático que, en el glosario de la versión en inglés, no aparece la entrada “práctica social”.

—en la que se supone la existencia de intersubjetividad— ¿cómo es posible ésta? Y la tercera sería ¿cómo se conectan las prácticas que los actores hacen en un tiempo y espacio con un análisis institucional o de estructuras que permanecen?

En este apartado retomaremos la primera pregunta y, en parte, la segunda. Se afirma lo anterior ya que la segunda y tercera preguntas refieren a la relación de las prácticas con la estructura social, cuestión que se verá en el apartado siguiente.

Entonces, ¿cómo se observan las prácticas? Si se parte de una epistemología positivista, la pregunta es irrelevante. Las prácticas sociales son lo que hacen los seres humanos, así que para observarlas, sólo hay que mirar seres humanos y ver qué hacen. En su artículo “Positivism and its Critics” (Giddens, 1977), Giddens presenta, de forma elaborada, un recuento del positivismo desde sus orígenes *comtianos*, hasta el positivismo lógico y el empirismo. Además de ello, presenta la crítica al positivismo de la llamada “filosofía de la ciencia post-positivista”, así como de la teoría crítica,¹⁶ y culmina con su propia posición al respecto. Así, afirma que concuerda con la filosofía post-positivista en el sentido de que hay una mediación de marcos de significado en cualquier observación. De tal suerte, no hay diferencia epistemológica entre ciencias sociales y naturales (ambas recurren a “marcos teóricos” para interpretar fenómenos). La diferencia estriba en que las ciencias sociales incluyen una “doble hermenéutica” (Giddens, 1977:83); es decir, utilizan marcos de interpretación para observar las interpretaciones que los propios actores hacen de su acción y la de los otros.

En ese sentido, la observación de prácticas sociales estará mediada por “marcos de interpretación”. Pero, ¿cuáles son estos marcos? A decir de Giddens, el científico social debe hacer entendible lo que los actores hacen y, en ese sentido, debe compartir con ellos su “conocimiento mutuo” (*mutual knowledge*). La observación del científico no está fuera del mundo social, sino en él y gracias a él. Entonces, si los actores hacen lo que hacen a sabiendas, y esto genera consecuencias buscadas y no buscadas; en el análisis de las prácticas sociales, y para poder determinar la contribución a la estructura —intencional o no— es crucial delimitar las *acciones de los individuos*, retomando su propio conocimiento mutuo. Cabe notar que, desde esta perspectiva, es difícil pensar —en términos operativos— en el análisis de las acciones en términos relacionales (interaccionales). Más bien aparece de forma muy clara el análisis del individuo (que incorpora la estructura) y su confrontación con otro (pero siempre desde su perspectiva). Anoto esto porque autores de las

¹⁶ Que Giddens denomina “filosofía de Frankfurt” (Giddens, 1977:64).

vertientes que Giddens pretende superar, retoman el problema de la “posibilidad de la interacción”, cuestión que Giddens da por sentada. Por ejemplo, Parsons, desde el funcionalismo, propone la posibilidad de relación a través de orientaciones normativas compartidas; o Schütz, desde las sociologías interpretativas, propone la interrelación de las acciones individuales a través de las palabras “para” y “porque” (Schütz, 1960) (ciertamente el punto de partida es la acción individual, pero las biografías individuales se relacionan pragmáticamente y se observan analíticamente gracias a “para” y “porque”). No se afirma que los autores solucionen satisfactoriamente el problema, sino simplemente que éste aparece como relevante. Como se verá posteriormente, Giddens parece responder que la interdependencia —por lo menos a largo plazo— aparece como una consecuencia no buscada de la acción.

Para concluir diremos que, desde esta perspectiva, las prácticas sociales sólo se vuelven comprensibles desde las acciones individuales de los actores que participan en el entramado social.

La inclusión de la estructura

Este apartado intentará mostrar cómo el autor integra “la estructura” a su propuesta teórica. Brevemente mencionaremos que el autor define estructura en su “acepción técnica” como reglas y recursos y, de forma general, como “aspectos institucionalizados (propiedades estructurales) de sociedades” (Giddens, 1984:215). La primera definición aparece en el capítulo 1 de *La constitución*, en la que Giddens plantea, siguiendo la enunciación *wittgensteiniana*, que la estructura aparece en las prácticas sociales como una “fórmula” que no necesariamente puede ser enunciada, pero que puede ser aplicada “en el contexto y del modo correctos para continuar la serie” (Giddens, 1984:57). Así, la estructura implica reglas y recursos, utilizados por actores, que permiten continuar la sociedad, las prácticas sociales. En el caso de la segunda acepción, que aparece explicada en el capítulo 4 de este mismo texto, afirma que los principios estructurales son “los principios de organización que dan lugar a formas discerniblemente consistentes de distanciamiento espacio-temporal sobre la base de precisos mecanismos de integración societaria” (Giddens, 1984:211). En la primera descripción es evidente que la estructura se observa desde el individuo: como recursos (de autoridad o materiales)¹⁷ o como reglas que puede o no utilizar. En la segunda, esto no es

¹⁷ Giddens utiliza la palabra *allocation*, que ha sido traducida como “distribución”. Claramente el autor no quiere utilizar las palabras “materiales” o “económicos”, ya que esto los deli-

evidente, y por ello será necesario explicar esta frase, lo que nos permitirá —al mismo tiempo— mostrar cómo se integra la estructura en la teorización de Giddens.

Como este autor ha intentado mostrar en varios de sus trabajos, está en total desacuerdo con la versión funcionalista¹⁸ de la sociedad, que la observa como una unidad con necesidades. Más en particular, con la versión parsoniana que destaca la unidad, la cohesión social a través de la interiorización de normas y valores compartidos que son puestos en acción por los individuos, cuyo fin último es el sostenimiento de la propia unidad, del sistema. Así, cuando Parsons habla del orden social —afirma Giddens— parecería contraponerlo al “desorden”. En ese sentido, no es posible hablar de “orden social” como un problema relevante. Sin embargo, en *A Contemporary Critique of Historical Materialism* (Giddens, 1981) y en *La constitución de la sociedad* (Giddens, 1984:211), afirma que el problema del orden se puede retomar si se lo plantea como el problema de cómo “ocurre la *forma* en las relaciones sociales, o (puesto de otra manera) cómo los sistemas sociales ‘unen’ tiempo y espacio” (Giddens, 1981:30). La *forma* aparece si hay integración, pero ésta no implica consenso ni cohesión (Giddens, 1979:76). Integración, afirma Giddens, se refiere al grado de interdependencia de la acción o “sistematicidad”.¹⁹ Y cuando habla de sistematicidad, apela a la “reciprocidad de prácticas” (Giddens, 1979:76).

Si no hay referencia a un orden normativo interiorizado y compartido, ¿cómo se gestan estas formas que perduran en el tiempo y están expandidas espacialmente?, ¿cómo se logra la reciprocidad de prácticas? A estas dos preguntas, Giddens responde aludiendo a lo que denomina “integración societaria”. Ésta se puede observar de dos maneras: a través de la diferencia-

mitaría como cosas. Aunque nunca lo desarrolla, es posible entender que los piensa como posiciones simbólicamente valoradas en una sociedad.

¹⁸ Ciertamente es *su* lectura del funcionalismo y de Talcott Parsons. Aquí no cuestionamos ésta, simplemente presentamos cómo Giddens tematiza el problema del orden, que es un tema que el funcionalismo integra a la tradición sociológica.

¹⁹ En el original aparece como *systemness* (Giddens, 1979:76). Es interesante mencionar que Giddens, a pesar de la crítica al funcionalismo, retoma el concepto de sistema. Giddens afirma que el concepto de sistema en el funcionalismo era defectuoso ya que éste aparecía como la síntesis entre la estructura (partes del sistema) y la función (el proceso del sistema) (Giddens, 1976b:113). Es decir, como si la sociedad fuera un sistema mecánico en el que las partes subsistieran a pesar de que el sistema ya no funcionara (cuando muere el organismo biológico, quedan sus partes: el hígado, el corazón, etc.). Giddens afirma que la sociedad existe en tanto está en proceso, así la estructura existe en el espacio y en el tiempo en tanto parece en las prácticas sociales. En ese sentido, el concepto de sistema delimita la existencia de prácticas sociales regulares (Giddens, 1984:61).

ción interna (de la *forma*), y a través de los medios por los que se logra sistemidad en la interacción (Giddens, 1984:63).

En el primer caso existen dos tipos de integración: la social y la sistémica. La integración social se refiere a la reciprocidad generada entre actores en relaciones cara a cara²⁰ (Giddens, 1979:77). El autor asegura que la integración social es fundamental para la “sistemidad de la sociedad como un todo” (Giddens, 1979:77). Y ésta se sustenta a través del monitoreo reflexivo de la acción y de la racionalización de la conducta (Giddens, 1979:77); es decir, a través de la *agency*. Aunque Giddens no lo explique claramente, la reciprocidad en la relación cara a cara parece ser posible gracias a la comprensión del otro —por el lenguaje como forma de vida— que genera entendimiento (comunicación), dominación o sanción de uno con respecto al otro. La interacción entre actores aparecería entonces como el sustrato en que se gestan los significados intersubjetivos.²¹ El entendimiento, sanción y dominación del otro, afirma Giddens, son más fáciles de ser sostenidos en la interacción cara a cara (Giddens, 1981:66). Por ello, el fundamento inicial de la integración de la sociedad en su totalidad —de la organización societaria (Giddens, 1981:157 y ss.)— es la integración social.

Sin embargo, esta proyección de los individuos a la interpretación, dominación o sanción del otro, afirma Giddens, “supone una seguridad ontológica fundada en una autonomía de gobierno corporal dentro de rutinas y encuentros predecibles” (Giddens, 1984:98). Es decir, el mantenimiento de la rutina de la vida diaria —la recreación continuada de prácticas sociales— aparece como una “motivación del individuo”, que —como se verá en el siguiente apartado— es inconsciente. En ese sentido, la reciprocidad, la integración social está sustentada en la motivación individual para mantener la reproducción social.

Con respecto a la integración sistémica, Giddens es muy escueto acerca de su conceptualización. En su artículo “Functionalism: *a près...*” afirma que la integración sistémica es la “integración ‘entre’ sistemas de interacción” (Giddens, 1976b:123), a diferencia de la integración social que es la “integración ‘dentro’ de los sistemas de interacción” (Giddens, 1976b:123). Casi diez años

²⁰ En *La constitución de la sociedad*, Giddens hace alusión a que esta reciprocidad entre actores no necesariamente requiere que estén físicamente presentes. En la era moderna, afirma, se puede lograr la intimidad de la copresencia “gracias a las comunicaciones electrónicas, sobre todo el teléfono” (Giddens, 1984:102).

²¹ Ciertamente aquí aparece la cuestión de la intersubjetividad, que Giddens da por sentada y tampoco tematiza (como la interacción). Por la recuperación que hace de Gadamer y Wittgenstein respecto al lenguaje como forma de vida, parecería que es esto lo que posibilita la intersubjetividad (Giddens, 1976a:77).

después propone que es la “reciprocidad de prácticas en el nivel de relaciones entre actores o colectividades por un extenso espacio-tiempo”,²² es decir, que permite observar la existencia de “conexiones con quienes están físicamente ausentes en tiempo y espacio” (Giddens, 1984:64). Por lo anterior, podemos inferir que se refiere a la generación de unidades sociales —formadas por interacciones— que perduran en un tiempo y se expanden en un espacio. Es decir, la integración sistémica se remite a la interdependencia entre “conjuntos” de interacciones situadas.

Pero esta tipología de integración no nos responde la pregunta acerca de cómo es que se logra integración social, cómo es que aparece la forma social. La respuesta está en “los medios por los cuales cierto elemento de ‘sistemedad’ se consuma en una interacción” (Giddens, 1984:63). Es interesante mostrar que aquí el autor retoma una idea básica de la teoría de sistemas respecto a la causalidad: las consecuencias se convierten en causas, repitiendo un ciclo. Así, reconoce tres tipos de procesos, o tres niveles de sistemidad: 1) ciclos causales homeostáticos (*homeostatic causal loops*); 2) auto-regulación a través de retroalimentación (*feed-back*) y; 3) auto-regulación reflexiva (Giddens, 1979:78; 1984:64).²³ El primero, afirma Giddens, es el más cercano a un modelo mecánico. Aquí aparecen consecuencias no buscadas que se convierten en condiciones de la acción, que repetirán tales consecuencias. Para exemplificar esto, propone un “ciclo de pobreza”: pocos recursos → baja escolaridad → bajo nivel de empleo → pocos recursos. El segundo, afirma Giddens, implica ya un filtrado de información. Esto es, aunque implícitamente se parte de la existencia de un sistema (donde las consecuencias se convierten en causas), existe una intervención. En el caso de Giddens, la intervención no es del sistema para “recuperar” estabilidad o unidad, sino de una institución que coordina. En este caso, el autor propone el ejemplo del Estado: como entidad coordinadora de la distribución de la riqueza, de la educación y de la estimulación del mercado (y de los empleos). El tercero se remite a la capacidad específicamente humana de controlar reflexivamente las acciones y que aparece más claramente en la modernidad con el “Estado planificador”, las organizaciones y los movimientos sociales, por ejemplo. Así, afirma Giddens, implica la posibilidad de controlar el proceso, conociendo las condiciones por las que aparece (Giddens, 1976b:116). Este control puede ser para modificar la reproducción sistémica o para perpetuarla (Gid-

²² En *Central Problems in Social Theory*, la integración sistémica es definida como “sistemedad en el nivel de relaciones entre sistemas sociales y colectivos” (Giddens, 1979:77).

²³ Cabe mencionar que en una cita en *La constitución de la sociedad* (1984), Giddens afirma que “con fines de simplificación”, sólo presenta dos, el 1) y 3), que presentamos aquí.

dens, 1984:64). En un artículo de 1990, Cohen detalla las diferencias entre los tres “modos de regulación sistémica” (Cohen, 1990:340), haciendo una distinción entre coordinación y control.²⁴ Así, afirma que en los ciclos homeostáticos, tanto la coordinación como el control aparecen como consecuencia no intencionada de la acción; para el caso de la auto-regulación, la coordinación es intentada, aunque el control aparece como una consecuencia no intencionada; finalmente, para el caso de la auto-regulación reflexiva, tanto la coordinación como el control son cuestiones intencionadas de la acción.²⁵

A partir de lo anterior, se observa que los medios para lograr integración social o sistémica son básicamente producto de consecuencias buscadas y no buscadas de acciones individuales. Así, la reciprocidad y, por ende, la conformación de estructuras es un proceso oscuro resultado de una mezcla de consecuencias de “acciones individuales”. El centro de todo análisis estructural sigue siendo la acción y la figura que aparece de la sociedad es la de acciones individuales, cuyo cruce genera estructura (interdependencia y permanencia). La estructura aparece, entonces, de dos formas. Desde la observación del actor, que monitorea reflexivamente su entorno y ha aprehendido en la práctica “*how to go on*”²⁶ (“cómo seguir”) en la vida cotidiana, ha aprendido “estructura”. En ese sentido, puede descifrar el espacio, tiempo y quién es su interlocutor, pero siempre desde la perspectiva del propio actor. Y, como consecuencia no buscada de acciones, que se convertirá en condición de acciones posteriores.

El esclarecimiento de los “mecanismos de integración” que propone Giddens, permite observar que no se resuelve cómo se genera la forma. Las “consecuencias de acciones individuales” son utilizadas como enunciados *ad hoc* que pretenden dar una explicación plausible a la aparición de “estructura” como contexto para la acción. Por otro lado, si observamos la integración societaria desde su diferenciación interna (esto es, como integración social e integración sistémica); para el caso de la integración sistémica, ésta se explicaría por las mencionadas consecuencias que fortuitamente (parecería ser)²⁷ anudan “conjuntos de interacciones” a lo largo del tiempo. Es decir,

²⁴ Cabe mencionar que la distinción es de Cohen, no de Giddens.

²⁵ Ciertamente, Cohen es cuidadoso y afirma que Giddens no propone que las “intenciones” se cumplan. Es decir, a pesar del esfuerzo intencional por coordinar y controlar, esto no necesariamente se logra.

²⁶ Hago alusión a esta frase, ya que Giddens la utiliza para decir que significa conocer “regla” desde la perspectiva de Wittgenstein. Así, no se requiere poder formular en palabras la regla para saber “qué sigue”. La discusión de Giddens acerca de qué es una regla, que culmina con la versión de Wittgenstein, aparece en (Giddens, 1984:54 y ss.).

²⁷ Fortuitamente porque las consecuencias buscadas siempre van de la mano de las no buscadas, por ello el autor afirma que “la historia humana es creada por actividades intencionales,

nuevamente queda sin explicación por qué permanecen estos conjuntos de interacciones —¿por qué se da la integración sistémica?— y las consecuencias de acciones, junto con las determinaciones causales, aparecen como recurso que evita tal elucidación. Esto que resulta evidente para la integración sistémica, no lo es tanto para la integración social, que —a decir del autor— es el fundamento para la sistemidad total (para la aparición, generación y mantenimiento de la sociedad, podría uno traducir). Es por ello que, en el siguiente apartado, esto se tratará puntualmente.

Acción individual y reproducción social: la angustia

En este último apartado nos centraremos en la integración social que, como acabamos de mencionar, es el fundamento para la reproducción de la sociedad como un todo. El objetivo será observar la relación entre la reproducción social y la acción individual, así como su ligazón con la angustia. Para poder explicar esto deberemos dar un rodeo explicativo en el que mostremos cómo es posible que —según Giddens— el actor actúe. Esto es necesario, ya que el fundamento último de la rutinización —de la continuación de prácticas sociales, y por ende de la reproducción social— está colocado en el inconsciente individual que trata de controlar la angustia. Es en ese sentido que dividiremos la explicación en tres momentos: 1) el modelo estratificado del agente²⁸ (Giddens, 1984:43); 2) los niveles de conciencia involucrados en el proceso de la acción y; 3) la conformación del agente y su relación con la seguridad ontológica. Al finalizar quedará evidenciado que la permanencia de las instituciones está anudada a actores cuyas acciones individuales no conscientes mantienen la rutina para mantener su “yoidad”.

Modelo estratificado del agente

Se puede decir que una de las aportaciones del autor al conocimiento sociológico está puesta en su forma de ver la acción desde el proceso del actor. En primer lugar, la acción se ve como algo continuo, desde que el individuo aparece en el mundo hasta que muere (tiempo irreversible).²⁹ En segundo

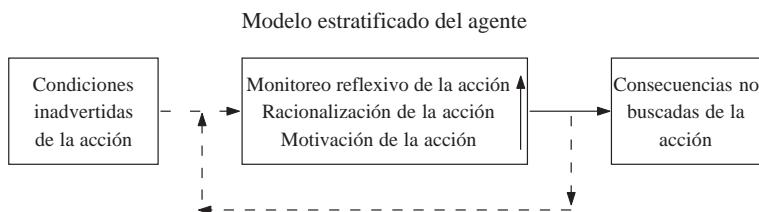
pero no es un proyecto intentado; escapa siempre al afán de someterla a dirección consciente” (Giddens, 1984:63).

²⁸ Cabe mencionar que en un escrito anterior, Giddens lo denomina “modelo estratificado de la acción” (Giddens, 1979:56).

²⁹ Ciertamente, Alfred Schütz hace notar esto: la acción es el discurrir del individuo a lo largo de su vida, el acto es “una construcción” que hace el propio actor, un lego o un científico

lugar, la acción involucra tres procesos separados analíticamente pero relacionados en su producción. Éstos son, como lo indica el Cuadro 1, el monitoreo reflexivo,³⁰ la racionalización y la motivación. La innovación del autor se puede observar en los tres momentos. No sólo porque los piensa como procesos y no como momentos,³¹ sino porque precisa tres cuestiones: un estado de “atencionalidad” permanente,³² que permite —como Goffman lo plantea— “localizar, percibir, identificar y clasificar” (Goffman, 1974:21)³³ lo que está ocurriendo —incluido el reconocimiento de los otros como actores— (monitoreo reflexivo); un proceso de adecuación entre los conocimientos de la estructura —cómo se realizan las prácticas sociales— y la situación existente (racionalización); y un sustrato “emotivo” que orienta las acciones (motivación). De estos tres procesos, quizá el más débil teóricamente hablando sea el de la motivación. Sin embargo, como ya hemos enunciado, ocupa un papel primordial en la reproducción social.

Cuadro 1



(Schütz, 1932:59). Incluso Max Weber afirma que las acciones no son objeto de comprensión, sino hasta que se representan en la reflexión, es decir, hasta después de realizadas (Weber, 1906:164). Sin embargo, Giddens presenta de forma plausible cómo el actuar es intentado en un continuo que no necesariamente pasa por la reflexión consciente y que, al mismo tiempo, no es irreflexivo.

³⁰ En inglés es *reflexive monitoring*, aunque fue traducido por José Luis Etcheverry (en la versión de *La Constitución* de Amorrotu) como “registro reflexivo”. Me parece que de esta manera genera una imagen más clara de lo que el autor pretende conceptualizar.

³¹ Y en ese sentido, aunque el autor no reflexione acerca de lo que hará, no significa que esté únicamente “reaccionando”.

³² Atencionalidad en el sentido *husserliano* del proceso imparable de la conciencia.

³³ Cabe mencionar que existe una sutil diferencia entre Giddens y Goffman. En *Frame Analysis*, Goffman (1974) parece partir de la existencia y fijeza de los “marcos” que nos permiten interpretar, percibir, etc. Giddens, por el contrario, parte de la habilidad de los actores para interpretar, percibir, clasificar y, en ese sentido, generar y fijar los “marcos” de la acción.

Ahora bien, es menester asociar los anteriores procesos con los niveles de conciencia para entender su relación con la reproducción social.

Conciencia discursiva, conciencia práctica e inconsciente

El problema con el que está lidiando Giddens, cuando propone los niveles de conciencia, se refiere a uno añejo en la sociología. Se podría remontar a la proposición de Weber que distingue entre acción —cuando hay un sentido mentado— y lo que no es acción (que parecería una reacción, un acto reflejo). Si se piensa en esta división, lo que delimita la acción y la no-acción, parece ser un proceso de reflexión que permite que el actor no “responda” en automático a estímulos. El problema de pensar la acción de esta manera es que se requiere tiempo o, de otra manera, parar el tiempo para que cada vez las acciones sean intencionales y no meras reacciones. En ese sentido es que aparece el concepto de conciencia práctica. Esta sería la posibilidad de realizar acciones intencionales sin reflexionar sobre ellas. Esto es, no se necesita pensar en realizar los procesos de monitoreo y racionalización, éstos aparecen casi en automático. Pero ello no se debe a que los actores no saben lo que hacen, ni por qué lo hacen. Eso que se realiza aparentemente sin pensar, implica conocimiento en el cuerpo,³⁴ expectativas y *know how* (saber cómo hacer) que requirieron un proceso de aprendizaje y que ahora aparecen prácticamente. La conciencia discursiva, en complemento con el anterior concepto, implica la posibilidad de verbalizar esta conducta aparentemente automática. Para el autor, la conciencia discursiva se hace visible cuando el actor o alguien externo pregunta a éste por qué hizo lo que hizo.³⁵ El último nivel, con una clara referencia psicoanalítica, es el inconsciente. El autor, pretende separarse de una lectura *freudiana* que parecería afirmar que todos y cada uno de nuestros actos (es decir, toda nuestra acción vital) está determinada puntualmente por el inconsciente. Desde los deslices del habla, las

³⁴ Nótese la similitud con el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, 1995, cap. 3).

³⁵ Para Giddens, la existencia de conciencia discursiva es, también, la herramienta para ratificar la *agency*. Herramienta que resulta eficaz para blindar su propuesta teórica. Por ejemplo, incluso en el caso de que preguntáramos “¿por qué hiciste tal cosa?”, y la respuesta del actor fuera “no sé”, se podría argumentar que el actor *sabe* que si no sabe por qué realizó tal o cual cosa, lo adecuado es responder “no sé”. También queda blindada por dos cuestiones más: 1) Giddens afirma que existe conocimiento que la gente tiene y aplica, aunque no pueda explicarlo; conocimiento que se queda en el nivel de la conciencia práctica y; 2) existe conocimiento inconsciente al que la gente no tiene acceso, aunque está en el fondo de su acción vital.

“torpezas” en el comportamiento, la forma de presentarnos a los otros, etc. Para Giddens el inconsciente es un sustrato de la personalidad, que actúa como telón de fondo de la acción pero que no puede ser “puesto en palabras”. Ello se debe a que mucho del material inconsciente proviene de las primeras experiencias de la infancia, cuando aún no hay manejo del lenguaje, y también porque contiene “represiones que inhiben su formulación discursiva” (Giddens, 1984:84). Una peculiaridad del concepto de inconsciente de Giddens es que elimina el instinto de muerte *freudiano* y supone que en su origen “yace una orientación básica que trata de evitar la ansiedad y preservar la autoestima” (Cohen, 1996:59).

Los niveles de conciencia se pueden relacionar con los procesos del agente. Así, tanto el monitoreo reflexivo como la racionalización se realizan en un nivel de conciencia práctica y pueden —en un momento dado— traducirse en palabras y pasar a la conciencia discursiva. La motivación permanece como un proceso subyacente a la acción pero, a decir del autor, es mayoritariamente inconsciente (Giddens, 1976a:109).

Con estos tres niveles de conciencia/inconsciencia y los tres procesos mencionados, el autor pretende mostrar que no somos conscientes ni inconscientes de nuestras acciones, la mayor parte del tiempo permanecemos en un nivel de penetración práctico —pero no reactivo—.

La conformación del agente

Una parte fundamental de la teoría de la estructuración se refiere al sustrato de conformación de los seres humanos en su calidad de agentes. Puesto que no es el objetivo del artículo, enunciaremos brevemente en qué consiste esta conformación, precisando el concepto de “seguridad ontológica” y su relación con la reproducción social. Para el autor, los seres humanos pasan por tres etapas de desarrollo antes de ser agentes o ejercer *agency* en el sentido pleno de la palabra.³⁶ Estas tres etapas son: 1) la oral-sensorial o de confianza *versus* desconfianza; 2) la muscular-anal o de autonomía *versus* vergüenza y; 3) la locomotor-genital o de iniciativa *versus* culpa (Giddens, 1984:92-93).³⁷ En particular nos interesa la primera, ya que es en esta etapa que se

³⁶ Aunque ser agente y generar acción, en principio implica únicamente provocar causalidad, para el autor la *agency* implica cognoscibilidad (*knowability*) y capacidad (*capability*). Estas dos “habilidades” se expresan en la posibilidad de controlar el cuerpo y la relación con otros en un espacio. Es decir, implican “monitorear reflexivamente” y ser autónomos (Giddens, 1984:91). En ese sentido, los bebés, aunque causan cosas, en los primeros años no son agentes en el sentido específico que Giddens da a ese término.

³⁷ Cabe mencionar que, para Erikson, cada etapa aparece con su tendencia contraria.

conforma la “confianza básica” (*basic trust*), que es el elemento central para la seguridad ontológica del individuo a lo largo de su vida.

La confianza básica, afirma Giddens siguiendo planteamientos de D. W. Winnicott y E. Erikson, es el “nexo original del que surge una orientación hacia los otros” (Giddens, 1991:54). Ésta aparece en la relación con los primeros cuidadores, principalmente la madre. Esta relación implica la generación de un ambiente de rutinas. La rutina en los cuidados permite varias cuestiones. Por un lado, genera diferencia. A decir del autor, la mezcla de ausencia y presencia de los cuidadores permite al niño diferenciarse de los cuidadores como “otro”. Por otro, y de forma más importante, no sólo lo diferencia como otro, sino que le permite cultivar un “sentimiento de ‘ser’ y su distinción del ‘no ser’” (Giddens, 1991:56). Las rutinas generan una sensación de realidad cuyo fundamento es cognitivo, pero también emotivo. Generan, a decir de Winnicott, un ambiente de expectativas estables para el infante, que permiten su involucramiento en tales rutinas (Giddens, 1991:58). Así, las rutinas implican una mutualidad donde el infante tiene una parte activa. Esta parte tiene que ver con la forma en que se elabora la ausencia. La posibilidad de aceptar la ausencia de los cuidadores como algo momentáneo implica poder confiar en las personas, verlas como entes con quienes se puede contar. La confianza en los otros no es una fe ciega, implica ser creativo: lanzarse a lo desconocido, prepararse para nuevas experiencias (Giddens, 1991:42). En ese sentido, la confianza básica es fundamental para la interacción, para aceptar o intentar comprender lo que el otro quiere decir o proponer.

Ahora bien, ¿qué es lo que está detrás de la confianza básica? O, ¿qué contiene/reprime la confianza básica? Aquí aparece un supuesto fundamental para la elaboración teórica de Giddens: la angustia. A decir de Winnicott,

Versus —afirma Erikson— significa “‘contra’, pero en vista de la complementariedad de estos pares de conceptos, también algo parecido a ‘viceversa’” (Erikson, 1997:61). Por ejemplo, en el caso del estadio confianza básica *versus* desconfianza, el autor puntualiza que, efectivamente, sin una confianza básica “el niño no puede sobrevivir”, pero también que “la supervivencia sería difícil sin un poco de desconfianza para protegernos” (Erikson, 1997:110). Es decir, ambos polos de este primer estadio se mantienen a lo largo de la vida, aunque la balanza se incline a la confianza básica. Giddens difuye la existencia de este par (desconfianza-confianza) como un proceso en tensión a lo largo de la vida. Parecería que, después de esta primera etapa, la tensión se disuelve a favor de uno de los lados, contrario a lo que postula Erikson. Además, sólo retoma los tres primeros estadios de Erikson —quien incluye ocho: infancia, niñez temprana, edad de juego, edad escolar, adolescencia, juventud, adultez, vejez (Erikson, 1997:64-65)—. Así, para Giddens, la constitución del agente se limita a tres etapas, mientras que para el psicólogo del yo, este proceso abarca toda la vida.

el infante está todo el tiempo al borde de una “angustia impensable” (Winnicott citado por Giddens, 1991:56). Cuando el sistema de seguridad básica es endeble, cuando la confianza básica no se logra establecer, lo que surge es la angustia. Ésta, como afirma Freud —y retoma Giddens—, no es un miedo externo sino un miedo a algo en el interior y que no está definido. Es un “estado generalizado de emociones” (Giddens; 1991:61). La angustia, afirma Giddens, “tiene su raíz en la separación del agente cuidador primordial (habitualmente la madre), fenómeno que en el caso del niño amenaza el núcleo mismo del yo naciente y la seguridad ontológica, desde un punto de vista más general” (Giddens, 1991:64); es decir, atenta contra el “ser” del infante, contra su sentido de realidad. Un sistema de seguridad básica fuerte, logrado a través de las rutinas, permitirá al individuo tener bajo control la angustia.

Así, la seguridad básica que hemos estado explicando es el origen de un sentido de seguridad ontológica. Para Giddens, la seguridad ontológica —que acompaña a la persona para que ésta sea un agente capaz y se pueda conducir a lo largo de su vida— implica tener respuestas a nivel del inconsciente y en la conciencia práctica sobre varias cuestiones existenciales: la existencia propia y de otras personas, la finitud individual y la auto-identidad (*self-identity*) que es algo que se “crea y sostiene rutinariamente en las actividades reflexivas del individuo” (Giddens, 1991:52).

Haber respondido a estas cuestiones, junto con un sistema de seguridad básica, implica tener un “capullo” protector que, ante las situaciones más arduas de la vida, impide que se desmorone nuestra sensación de existir como unidad en relación con otros.

Con la descripción de lo anterior podemos ahora plantear con claridad la argumentación del autor. Veíamos en el apartado “La inclusión de la estructura” que la integración social es el fundamento de la reproducción social. Ésta se refiere a la interacción cara a cara, al momento de la intersubjetividad. Aparece la integración social cuando las prácticas en el cara a cara se repiten con regularidad. ¿Qué hace que el individuo repita sus acciones? Como vimos en el modelo estratificado del agente, uno de los procesos que están involucrados en la producción de la acción es la motivación. Ésta no es una serie de motivos discretos que generan el impulso a actuar en cada momento. Para este autor es más bien un amplio impulso que define los proyectos más generales. Además, el proceso motivacional está conectado con el inconsciente. Así, a diferencia del monitoreo y la racionalización que aparecen en la conciencia práctica y a veces en la discursiva, las motivaciones son mayoritariamente inconscientes. Aunque el autor no detalla acerca de cuáles son las motivaciones en los seres humanos —uno podría especular que dependen de la historia personal y la conformación de su inconsciente—, sí

habla de una motivación básica y general en todos los seres humanos y que se refiere a la reproducción de prácticas habituales (Giddens, 1984:98).³⁸ ¿Por qué los individuos están motivados (inconscientemente) a la reproducción de prácticas y por ende a la reproducción social? Fundamentalmente para evitar la angustia. Es decir, evitar todo aquello que ponga en peligro la confianza básica y en consecuencia la seguridad ontológica; que cuestione “las respuestas a nivel inconsciente” sobre si existimos, si los otros son reales, si nosotros somos nosotros, si existe una realidad. Puesto que el sistema de seguridad básica se genera mediante rutinas que la figura materna sostiene (y que genera una confianza básica), la forma de continuar esta seguridad y mantener “a raya” la ansiedad se logra por medio de la rutina, por medio de la repetición continua de patrones de conducta.

Como hemos mencionado, para Giddens uno de los factores esenciales de la sociedad es la rutinización, ya que ésta permite la existencia continuada de la sociedad, de prácticas sociales a lo largo del tiempo. Por lo que acabamos de explicar, es posible decir que la existencia de patrones continuos de acción, y por tanto prácticas sociales repetidas a través del tiempo, está fundamentada en una motivación esencial del ser humano de eliminar la angustia. De esto se desprenden dos cuestiones. Por un lado, la cuestión de si la rutinización así enunciada no implica necesariamente estabilidad o estancamiento social (las prácticas siempre son nuevas, pero siempre son las mismas). Y por el otro la cuestión de si la reproducción social no queda depositada en algo “fuera del control” de los agentes —tal y como sucedía con la teorización *parsoniana*—.

La primera se puede plantear de la siguiente manera: si la necesidad de continuar las rutinas es tan primigeniamente fundamental, ¿cómo podemos pensar que los agentes buscarán formas novedosas de actuar, o tendrán posibilidad de actuar de otra manera —de hacer una diferencia, como propone el concepto de *agency* del autor—? Más bien uno podría pensar, tenderán a continuar las prácticas existentes para evitar la angustia y continuar con un sentimiento de seguridad ontológica.

Giddens afirma que hablar de la necesidad de rutina de los agentes no implica apostar por la estabilidad social (Giddens, 1979:128). Esto es así porque la motivación no es para reproducir prácticas específicas, sino para lograr continuidad. Por ello retoma el ejemplo de los campos de concentración, en donde lograron sobrevivir aquellos prisioneros que generaron rutinas —aunque se separaran radicalmente de lo que estaban acostumbrados a vivir

³⁸ Giddens parece generalizar (universalizar) la evitación de angustia como la fuente primordial —casi única— de motivación de la acción humana (Cohen, 1996:261).

en su otra vida— (Giddens, 1984:97-98). A pesar de esto, si llevamos el argumento hasta sus últimas consecuencias, preguntaríamos: ¿qué actor querría modificar la rutina, *verbigracia*, cambiar la estructura social, si esto implica poner en riesgo su seguridad ontológica? Así, el cambio parecería quedar depositado —por lo menos desde este ángulo— en las consecuencias no intencionales de las acciones que, al generar nuevas condiciones para la acción, vuelven frágil o rompen su seguridad ontológica.³⁹ Eso sería lo que llevaría a los actores a generar nuevas prácticas, nuevas rutinas.

Con respecto a la segunda, es evidente que —en la argumentación de Giddens— la reproducción de prácticas tiene un trasfondo no consciente. Los actores se casan, van al trabajo, piden un aumento sabiendo qué hacen y por qué lo hacen. Sin embargo, una de las consecuencias no intencionales de esto es la reproducción de la sociedad. Así, el inconsciente, o la motivación inconsciente de evitar la angustia, actúa como “algo a espaldas del actor”. En ese sentido, aunque Giddens logre eliminar la “necesidad sistémica” —la necesidad del sistema de auto-reproducirse—, la necesidad de reproducción reaparece en algo íntimamente humano pero que sobrepasa la posibilidad de control. Esto es así porque la angustia es inconsciente y parecería obligarnos a repetir la estructura (o a generar estructura) para mantener nuestra seguridad ontológica.

En ese sentido podemos decir que el agente y su acción aparecen como el punto nodal de la reproducción social, así como del sostenimiento psíquico del individuo.

Antes de pasar al tercer apartado es pertinente presentar algunas conclusiones que han aparecido a lo largo de este apartado.

En primer lugar podemos decir que, aunque el autor defina las prácticas sociales como un punto de observación que sintetiza acción y estructura, la forma de describir tales prácticas y de delimitarlas aparece siempre desde la acción y sus consecuencias intencionales y no intencionales.

En segundo lugar, queda claro que la forma de reunir la observación de las sociologías interpretativas (la acción), con aquella de las corrientes estructuralistas-funcionalistas (la estructura), es a través de las consecuencias no buscadas de la acción. En ese sentido, el punto de inicio es siempre la acción intencional.

En tercer lugar, aunque los actores realizan acciones intencionadas, reproducen la sociedad no intencionadamente. Fundamentalmente porque una

³⁹ En las sociedades capitalistas, a decir de Giddens, la seguridad ontológica se vuelve frágil (Giddens, 1981a:154). Esa es una de las “consecuencias de la modernidad”, dirá diez años después en el libro que lleva el mismo título.

consecuencia no buscada de su acción, conectada con cuestiones psíquicas, es la reproducción de prácticas vía la rutina. Rutina que, a su vez, genera integración social (interdependencia). Y porque, además de generar rutinas, las acciones producen otro tipo de consecuencias no buscadas (conectadas con efectos en el entorno social y no asociadas a cuestiones psíquicas) que modifican las condiciones de la acción.

En ese sentido, la sociedad aparece como un entrecruzamiento de consecuencias no buscadas (de acciones) y, tanto la reproducción social como la propia reciprocidad entre acciones, aparece como una consecuencia no buscada de acciones individuales.

Consecuencias no buscadas de la teoría de la estructuración: el amor romántico y la identidad

Después de haber mostrado que la teoría de la estructuración sigue centrada en la acción, buscaremos presentar de qué manera impacta esto en los análisis de la sociedad moderna que propone Anthony Giddens. Para esta parte iniciaremos con la discusión que el autor plantea en *Las consecuencias de la modernidad*, para finalmente aterrizar en el caso del amor romántico y su relación con la identidad. Aquí se pondrá de manifiesto que, ante el resquebrajamiento de las tradicionales condiciones para la acción en el paso de la premodernidad a la modernidad (resquebrajamiento debido a las consecuencias no buscadas de la acción), el punto de amarre de la rutina se ubica en la identidad individual. Además, el tipo de rutinización dependerá de contextos diferenciados para la acción. Así, hombres y mujeres, al estar en contextos diferentes, generarán proyectos identitarios distintos y contribuirán a la reproducción social de forma diferenciada.

La modernidad (y sus consecuencias)

Como se puso de manifiesto en el apartado “Acción individual y reproducción social”, para el autor la confianza está íntimamente relacionada con la rutinización y, por ende, con la reproducción social. Es por ello que Giddens retoma los ejes de “peligro”⁴⁰ y “confianza” como una de las distinciones

⁴⁰ Respecto al peligro, y de forma muy esquemática, se puede decir que existe una diferencia sustantiva entre la premodernidad y la modernidad. En la primera el peligro es visto y vivido como algo externo, y en la segunda el peligro existente es no sólo algo externo, sino más bien generado internamente (Giddens, 1990:124 y ss.).

importantes entre la sociedad moderna y la premoderna. Aquí sólo retomaremos el eje de confianza, que es el que más nos interesa.

Giddens afirma que la confianza (*trust*) y su relación con la seguridad ontológica son características “casi universales” (Giddens, 1990:100). Sin embargo, existen diferencias fundamentales entre la premodernidad y la modernidad respecto a cómo se sostiene ésta. En *Las consecuencias de la modernidad*, Giddens plantea que la rutina diaria depende de la confianza en un entorno estructural, además de requerir un soporte emotivo que sólo proporciona la relación personal. Es decir, para poder actuar el agente requerirá nociones estables de estructura y una vinculación específica con personas. Estas dos cuestiones cambian en la modernidad. Desde la perspectiva del anglosajón, en la premodernidad la confianza está cobijada bajo cuatro contextos estructurales que se pueden englobar bajo el término “tradición”.⁴¹ Ésta supone no sólo creencias o prácticas específicas, sino —y de forma más fundamental— implica una organización del pasado, presente y futuro. Así, propone el autor, la estabilidad de lo anterior mantiene contextos de acción confiables. Además, ante la aparición de irrupciones fuera de lo cotidiano, irrupciones peligrosas, la religión y la magia —por ejemplo— permiten traducir estos sentimientos de vulnerabilidad en “sentimientos de relativa seguridad” (Giddens, 1990:130). Estos contextos permiten que la confianza esté puesta en relaciones personales: con los parientes, la comunidad⁴² y las cosmologías mágicas y/o religiosas a través de sus sacerdotes o brujos.

En la modernidad, dada la separación del tiempo y el espacio, los mecanismos de desanclaje y la reflexividad institucional (Giddens, 1990:108) —que aparecen como consecuencias no buscadas de acciones—, los anteriores contextos de confianza desaparecen. Tanto el sistema de parentesco como la comunidad local se disuelven como entornos de seguridad; las cosmologías religiosas y la tradición son cuestionadas y, aunque no desaparecen, el “conocimiento reflexivamente organizado” (Giddens, 1990:109) en forma de sistemas abstractos se convierte en un sustituto para explicar el mundo y la rutina. Sin embargo, este conocimiento que estructura rutinas es “vacío, no moral” (Giddens, 1990:120), requiere un sustento emotivo para mantener la confianza. De ahí la necesidad de vinculación personal, que los nuevos contextos no ofrecen.

⁴¹ El autor distingue el sistema de parentesco, la comunidad, las cosmologías religiosas y la tradición en *Las consecuencias* (Giddens, 1990:100 y ss.). Sin embargo, posteriormente las incluye bajo el rubro “tradición” (Giddens, 1994:117).

⁴² En ese sentido, todo aquél que no es parte de la comunidad, es extranjero o, como la palabra alemana *fremde* indica, es extraño.

Este cambio en los contextos de acción, o el resquebrajamiento de aquellos de la premodernidad, empujan a lo que Giddens denomina “transformación de la intimidad”. Así, los individuos, despojados de una confianza con base emotiva, de un sentido de la vida que daba el parentesco, la religión o la tradición, buscan —y requieren—: 1) construir su identidad como un proyecto reflexivo, que ordene y rutinice las opciones provistas por los sistemas abstractos (Giddens, 1990:124); 2) relaciones de amistad o eróticas que les den el sustento emotivo para mantener la confianza. Estas últimas demandan “la apertura del individuo al otro”, ya que la “confianza tiene que ‘ganarse’” (Giddens, 1990:120-121).

Entonces, la modernidad, con el rompimiento de los ambientes de confianza, tiene como consecuencia el resquebrajamiento continuado de la seguridad ontológica. Puesto que el punto de engarce de la rutinización y por ende de la reproducción social es el actor, la identidad de éste se vuelve un punto nodal en el cambio a la modernidad. La posibilidad de mantener las rutinas se salvaguarda sólo alrededor de la identidad vital del actor y las vinculaciones que éste establece con personas, principalmente las relaciones de intimidad (de amistad o eróticas). A falta de tradición que genera un pasado siempre actual y siempre a futuro (de expectativas que se cumplen de forma más o menos continuada); se requiere un proyecto de vida que conecte el pasado con el futuro —y mantenga la reproducción social—.

La transformación de la intimidad genéricamente diferenciada

En *La transformación de la intimidad*, Giddens desarrolla lo esbozado en *Las consecuencias de la modernidad*, y pretende explicar en qué consiste tal transformación. Es interesante notar que ahora no habla de los actores en general, sino que localiza una distinción de género en términos de la identidad y del proyecto que ésta implica. Por su puesto, esto redunda en una participación diferenciada en la denominada transformación de lo íntimo. La diferencia no se presenta tanto como la expresión de una estructura de dominación por división de sexo (Giddens; 1979:115), sino como la existencia de dos tipos de actores situados en condiciones divergentes para su acción. La modernidad trae como consecuencia tres cuestiones: la separación del espacio de trabajo del espacio familiar, la generación de la infancia y la invención de la maternidad. Estos factores, afirma Giddens, estaban integrados y afectaban la posición de la mujer (Giddens, 1992:47). Los hombres, por su parte, aparecen colocados primordialmente en el espacio público, en el lugar de trabajo fuera del hogar. Es ahí donde desarrollan su identidad y proyectan

su futuro. Aunque el autor no lo desarrolle a profundidad, en la modernidad proveer para la familia y desarrollar una profesión se convierten para los hombres en la forma de generar sentido vital (Giddens, 1992:60). Las mujeres, por el contrario, quedan recluidas en el espacio de lo privado, en el hogar. Por ello requieren otra cosa para generar identidad y sentido. Ahí es donde entra el amor romántico. El amor romántico, un “invento” de la sociedad occidental del siglo XVIII —a diferencia del *amour passion* que, a decir de Giddens, es un fenómeno “más o menos universal” (Giddens, 1992:44)— permite a las mujeres generar una narrativa. El sentido de la vida y la identidad se convierten en una “novela” en la que se relata y desarrolla el momento del encuentro con el otro especial, se inicia la familia y se cuida/educa a los hijos. Por ello les permite dar sentido al presente y controlar el futuro (Giddens, 1992:47), dándoles posibilidad de mantener su seguridad ontológica. Esta narrativa biográfica da a las mujeres habilidades para el manejo de las emociones, de las que los hombres quedan separados. Esto significa que pueden establecer relaciones de intimidad con otras mujeres, sus hijos y —se supondría— sus parejas. La propuesta de Giddens, a diferencia de otras interpretaciones que podrían afirmar que la mujer quedó excluida y privada de las posibilidades de desarrollo e intervención que tuvieron los hombres en la modernidad —y siendo fiel al concepto de *agency*—, afirmará que ésta incluso en esas condiciones adversas y limitadas controló su vida y su futuro, su sentido. Aún más, las consecuencias de sus acciones permitieron el cambio a otro tipo de amor más democrático: el amor confluente.⁴³ Una forma de amor que inaugura un nuevo tipo de relación (la relación pura),⁴⁴ cuyas consecuencias, dirá en *Más allá de la izquierda y la derecha*, llevan incluso a la democratización de lo público al generar ciudadanos “acostumbrados” a tener relaciones de intimidad equitativas y, por ende, relaciones públicas del mismo tipo (Giddens, 1994:118).

Para el caso de los hombres, puesto que sus condiciones de acción eran distintas, generaron su identidad en la esfera de lo público, alrededor de la profesión y el rol de proveedor (Giddens, 1992:62). A decir de Giddens, les

⁴³ En la aparición del amor confluente, además de las consecuencias no buscadas de las acciones de las mujeres en sus relaciones de intimidad, influyen las consecuencias provocadas por la revolución sexual que decanta en lo que Giddens denomina “sexualidad plástica” (Giddens, 1992:61). El amor confluente, afirma Giddens, pone de relieve la aparición de un nuevo tipo de relación íntima: la relación pura (*pure relationship*), cuyos rasgos democráticos aparecen descriptos en el capítulo X, denominado “La intimidad como democracia”.

⁴⁴ Traducido al español como “pura relación”. El término utilizado por Giddens, *pure relationship*, es de por sí poco afortunado. A pesar de ello, me parece más atinada la traducción “relación pura”.

faltó sustento emocional (puesto que su identidad y por tanto su rutina estaban depositadas en los sistemas abstractos) y generaron una “dependencia emocional inconsciente hacia las mujeres” (Giddens, 1992:63).

A lo largo de la explicación se pueden rescatar cuestiones interesantes para el análisis. Por ejemplo, la centralidad de la mujer en la construcción del proyecto moderno, desde la perspectiva de la intimidad; la importancia de los cambios en las condiciones de la acción para la construcción del proyecto identitario y del propio sustento moral y emotivo de la modernidad.

¿Cómo relacionamos lo anterior con la propuesta teórica del autor? Es posible ver, como se había enunciado en el apartado “Acción individual y reproducción social”, que la confianza básica —que evita la aparición de la angustia— y su relación con la rutinización son los fundamentos principales de la explicación del cambio de la premodernidad a la modernidad. Las condiciones de acción cambian y en consecuencia también las estrategias de los actores, para generar nuevas rutinas. La identidad aparece como un punto central en el cambio a la modernidad por ser el lugar en que se localiza la posibilidad de generación de (nuevas) rutinas. Finalmente, la interrelación entre hombres y mujeres aparece por el cruce entre sus acciones —a pesar de que sus proyectos identitarios se realicen en contextos tan distintos—.

Después de haber mostrado lo que se puede observar desde la perspectiva de Giddens, vale la pena hablar acerca de lo que queda oculto. Es decir, de las consecuencias de observar la sociedad desde las acciones de los individuos. Como ya se ha mencionado, la estructura se incluye en la explicación, pero se observa desde tales acciones y aparece como consecuencia no buscada de éstas. Además, la reciprocidad o interrelación aparece, también, como una consecuencia no buscada de acciones intencionales y no intencionales. Estas cuestiones nos permiten enunciar lo que queda fuera de la observación. Aquí podemos proponer dos cuestiones: 1) no se observa el proceso de conformación de la estructura y; 2) no se puede observar la interrelación de los actores. Con respecto a lo primero podemos decir que, desde la perspectiva de Giddens, la estructura se observa desde el actor y su acción: como posibilidad anteriormente existente y como puesta en acto; o bien se observa como consecuencia ya estructurada. Retomando el caso del amor romántico o incluso del amor confluyente, ambos aparecen como posibilidades para la acción, o como productos de consecuencias no buscadas —de acciones de mujeres, en el segundo caso—. No se sabe cómo fue la transición de uno a otro, no se explica ni se pretende explicar esto, la atención está centrada en las condiciones para la acción, en la estructura vista desde el actor. Rastrear el proceso de transformación estructural, implicaría un rastreo de la semántica aparecida en novelas y manuales, y su transformación gra-

dual;⁴⁵ lo que podría sugerir matices en determinados momentos históricos, así como ubicación espacial de esto.⁴⁶

En segundo lugar, y como ya se mencionó, la propuesta no permite ver la interacción, la interrelación entre dos actores. Esto se vuelve vital en un caso como el del amor. Así, parece que sólo las mujeres siguen el *ethos* del amor romántico (la estructura) en su acción y su vida. Los hombres que lo retoman, o son unos “pavisosos” (siguiendo la traducción al español) (Giddens, 1992:61) o, uno podría interpretar, lo siguen utilitariamente: les conviene tener a alguien que les cocine y cuide a los niños, por eso se casan; les conviene que alguien se crea lo del “flechazo” para seguir agregando conquistas a su haber. Es decir, el amor aparece como una acción unilateral de las mujeres a los hombres. La vinculación entre dos personas no aparece hasta el amor confluente y, en todo caso, como condición estructural. De hecho, la explicación amorosa aparece como una necesidad individual de tener “confianza” en otro, a falta de un sustento en la tradición. ¿Cómo logran los hombres mantener la rutina sin esa “confianza”? No queda claro. La explicación tiene lógica si apelamos a las condiciones diferenciadas de la acción, pero sigue sin aclararse la relación entre el *ethos* amoroso (estructura que existe independientemente de los actores y su acción), la puesta en “acto” de ese *ethos* y la vinculación que se establece entre dos personas —supuesta detrás de la palabra amor—. En ese sentido, la interrelación amorosa entre hombres y mujeres aparece, como ya se había mencionado, como un cruce de acciones individuales (cada una con sus propios objetivos).

Finalmente, una cuestión que también subyace se refiere al énfasis puesto en el individuo —énfasis necesario si se toma en cuenta que la reproducción social parece quedar depositada en éste, con el rompimiento de la tradición—. Ciertamente, los sociólogos estarían de acuerdo con afirmar la existencia de un proceso de individualización en la transición de la premodernidad a la modernidad. Sin embargo, tal transición es paulatina. Un énfasis en el individuo y su acción lleva a proponer que todos los fenómenos sociales se dan por igual en todos los seres humanos. Giddens, en la introducción de *La transformación de la intimidad*, reconoce diferencias entre países, culturas y estratos socioeconómicos (Giddens, 1992:12). Sin embargo, a la hora del análisis —y se podría decir, por la orientación de su teoría—, el

⁴⁵ Un análisis del tipo que Niklas Luhmann presenta en *El amor como pasión* (Luhmann, 1982).

⁴⁶ Es interesante notar que Giddens utiliza los manuales de autoayuda para sustentar la aparición del amor confluente como un contexto de acción —como una condición para la acción—. Sin embargo, no alude al origen de los materiales (principalmente anglosajones), ni a los años de aparición y/o de aumento en las publicaciones de ese tipo.

amor romántico aparece como un fenómeno que afecta y da sentido a la vida de todas las mujeres, sin distinguir grupos o estratos.⁴⁷

Para concluir, sólo se quiere precisar que lo anteriormente presentado, no pretende ser conclusivo respecto a las potencialidades del análisis de Giddens, ni respecto a sus puntos ciegos. Simplemente se busca mostrar cómo el énfasis analítico de las teorías las lleva a destacar ciertos aspectos de la realidad, oscureciendo otros. El tipo de análisis que aquí se presenta, al poner en evidencia lo anterior, pretende dar elementos para una elección argumentada de teorías ante la pluralidad existente.

Recibido: mayo de 2008
Revisado: junio de 2008

Correspondencia: Departamento de Sociología/UAM-Azcapotzalco/Edificio H/3er. Piso/cubículo 60/Av. San Pablo 180/ Col. Reynosa Tamaulipas/C.P. 02200/México, D.F./correo electrónico: agarciaamx@yahoo.com

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey (1995), *Fin de Siècle Social Theory. Relativism, Reduction, and the Problem of Reason*, Londres, Verso.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Cohen, I. J. (1997) [1990], “Structuration Theory and Social Order: Five Issues in Brief”, en C. Bryant, *Anthony Giddens. Critical Assessments*, vol. II, Londres, Routledge.
- (1996), *Teoría de la estructuración. Anthony Giddens y la constitución de la vida social*, México, UAM.
- Collins, Randall (1996) [1994], *Cuatro tradiciones sociológicas*, México, UAM-I.
- Corcuff, Philippe (1998), *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*, Madrid, Alianza.

⁴⁷ Aquí resulta importante rescatar el análisis de Norbert Elias acerca del mismo fenómeno (el amor romántico). Este autor propone que tal *ethos* es producto de la capa media acortesanada, la antigua capa guerrera que resultó pacificada en Francia. Tal *ethos* aparece como producto de la necesidad de este grupo (no de las mujeres o de los hombres) de diferenciarse de la capa alta y baja en el siglo XVI (Elias, 1969:345). Para Elias es una muestra más del proceso civilizatorio. En este caso, de la represión del instinto sexual, ahora incluido en la institución social del matrimonio. Elias afirma, además, que este *ethos* es similar al que aparece en el siglo XVIII entre la burguesía (Elias, 1969:339); es decir, el *ethos* al que se refiere Giddens.

- De la Fuente Lora, Gerardo (1994), “Los paradigmas y el para qué de la teoría sociológica”, en Juan Felipe Leal (coord.), *La sociología contemporánea en México*, México, UNAM.
- Elias, Norbert (1996) [1969], *La sociedad cortesana*, México, FCE.
- Erikson, Erik (2000) [1997], *El ciclo vital completado*, versión revisada y ampliada, Barcelona, Paidós.
- García Andrade, Adriana (2007a), *La paradoja de la incommensurabilidad. El caso de la sociología: La teoría de la estructuración y la teoría de sistemas*, México, UAM-I, tesis de doctorado.
- (2007b), “Una mirada, tres tiempos. El tiempo en la perspectiva del sociólogo Anthony Giddens”, *Sociológica*, núm. 64, mayo-agosto.
- Giddens, Anthony (2000) [1992], *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.
- (2000) [1991], *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península.
- (1997) [1976a], *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1995) [1984], *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1994) *Beyond Left and Right: the Future of Radical Politics*, Stanford, Stanford University Press.
- (1992) [1990], *The Consequences of Modernity*, Stanford, Stanford University Press.
- (1984) [1979], *Central Problems in Social Theory*, Los Ángeles, University of California Press.
- (1983) [1981], *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Londres, Macmillan.
- (1977) [1976b], “Functionalism: après la lutte”, en A. Giddens, *Studies in Social and Political Theory*, Nueva York, Basic Book.
- (1977), “Positivism and its Critics”, en A. Giddens, *Studies in Social and Political Theory*, Nueva York, Basic Book.
- Giménez, Gilberto (1994), “Obstáculos para el progreso de la razón sociológica en México”, en Juan Felipe Leal (coord.), *La sociología contemporánea en México*, México, UNAM.
- Girola, Lidia (1999), “Giddens y las sociologías interpretativas”, en L. Girola (coord.), *Una introducción al pensamiento de Anthony Giddens*, México, UAM-A.
- Goffman, Erving (1997) [1959], *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1986) [1974], *Frame Analysis*, Boston, Northeastern University Press.
- Hoyningen-Huene, Paul (1993), *Reconstructing Scientific Revolutions. Thomas S. Kuhn's Philosophy of Science*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1990), “Kuhn's Conception of Incommensurability”, *Studies in History and Philosophy of Science*, vol. 21, núm. 3, pp. 481-492.
- Kuhn, Thomas S. (1993), “Afterwards”, en Paul Horwich (ed.), *World Changes. Thomas Kuhn and the nature of Science*, Cambridge, MIT Press, pp. 311-341.
- (1991a), “El camino desde la estructura”, en Thomas S. Kuhn, James Conant y

- John Haugeland (comps.) (2002) [2000], *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993*, pp. 113-129.
- (1991b), “El problema con la filosofía de la ciencia histórica”, en Thomas S. Kuhn, James Conant y John Haugeland (comps.) (2002) [2000], *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993*, pp. 131-148.
- [1991c], “Las ciencias naturales y las humanas”, en Thomas S. Kuhn, James Conant y John Haugeland (comps.) (2002) [2000], *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993*, pp. 257-265.
- (1989), “Mundos posibles en la historia de la ciencia”, en Thomas S. Kuhn, James Conant y John Haugeland (comps.) (2002) [2000], *El camino desde la estructura. Ensayos filosóficos 1970-1993*, pp. 77-112.
- Luhmann, Niklas (1999) [1991], “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?”, en N. Luhmann, *Teoría de los sistemas sociales II: artículos*, Osorno, UIA, ITESO, Universidad de los Lagos.
- (1985) [1982], *El amor como pasión*, Barcelona, Península.
- (1984), “The Self-description of Society: Crisis Fashion and Sociological Theory”, *International Journal of Comparative Sociology*, núm. XXV, 1-2, pp. 59-61.
- Martínez Assad, Carlos (1989), “Historia y sociología, crisis de paradigmas”, *Sociológica*, año 4, núm. 9, enero-abril.
- Parsons, Talcott (1964), “The Father Symbol: an Appraisal in the Light of Psychonalitic and Sociological Theory”, en T. Parsons, *Social Structure and Personality*, Nueva York, The Free Press.
- Pérez Ransanz, Ana Rosa (2000), *Kuhn y el cambio científico*, México, FCE.
- Ramos Torre, Ramón (1995), “La ciencia social en busca de tiempo” (mimeo).
- Ritzer, George (2001), *Explorations in Social Theory. From Metatheorizing to Rationalization*, Londres, Sage.
- Schütz, Alfred (1993) [1932], *La construcción significativa del mundo social*, Barcelona, Paidós.
- (1974) [1960], “El mundo social y la teoría de la acción social”, en A. Schütz, *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Therborn, Göran (2000), “At the Birth of Second Century Sociology: Times of Reflexivity, Spaces of Identity, and Nodes of Knowledge”, *British Journal of Sociology*, vol. 51, núm.1, enero-marzo.
- Wallerstein, Immanuel (1999), “The Heritage of Sociology, the Promise of Social Science”, *Current Sociology*, vol. 47(1), enero.
- Weber, Max (1997) [1906], “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura”, en M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu.

